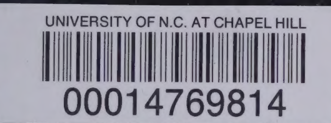


Los que se Fueron

Gabriel de Medina



LOS QUE SE FUERON



Gustavo Ried

EL AÑO

MCMXXV

ESCRIBIÓ ESTAS PÁGINAS

DON GABRIEL DE MEDINA, pseu

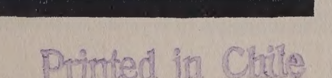
Gustavo Ried

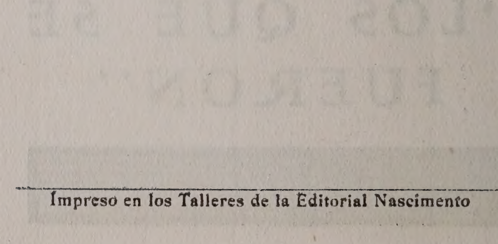
ÉL TAMBIÉN LAS ILUSTRÓ

Y LES PUSO EL

SIGUIENTE TÍTULO:

"LOS QUE SE FUERON"





Impreso en los Talleres de la Editorial Nascimento





Este libro es de tristeza.

Sus páginas deberían ser negras.

Rojos los caracteres en que está escrito.

El dolor es negro.

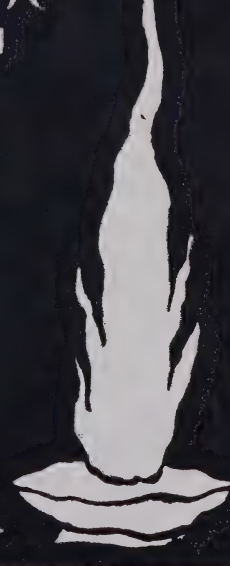
Roja es la sangre.

Todos los que en él figuran han partido.

Fueron almas atormentadas que dejaron este mundo después de haber sufrido mucho.

¡Llorad!

Llorad y con vuestras lágrimas regad las flores que cubren sus sepulcros.


EL
ACTOR
LOCO

EL ACTOR LOCO

En uno de los barrios centrales de nuestra capital hay un establecimiento de beneficencia en que están asilados los que han perdido la razón. Es un edificio de dos pisos, pintado de un color plomizo, sobre cuya puerta principal puede leerse en caracteres dorados las siguientes palabras: «Casa de Orates».

La lectura de estas tres palabras es desconsoladora. Trae el recuerdo de aque-

lla fatídica frase que el Dante escribiera a la entrada del Infierno: «Laciate ogni speranza o voi ch'entrate».

Es esta una ciudad cuyos habitantes no están en el mundo. Son enfermos que, recluídos ahí, esperan mejoría. Padecen de diferentes manías, de delirios muy diversos. El mal que les atormenta les hace sufrir horriblemente.

Se les vé siempre solos vagar por los vastos patios y extensos jardines de aquel gran sanatorio.

Hay unos, que en medio de su locura ríen de una manera estridente; otros, que cantan y acompañan su canción con una mueca dolorosa, que, en algunos momentos, llega a ser trágica.

El llanto de un loco es mucho más

triste que el de cualquier otra persona. Las lágrimas que ellos derraman son mucho más amargas que las de otro ser humano. Hay otros, que nunca hablan y que miran el mundo con indiferencia y desprecio.

¡Qué triste es la locura!

¡Qué triste es aquella ciudad de «almas ausentes» como con tanta justicia las llamara un escritor.

La campana de la capilla que ahí han edificado, toca a misa todos los Domingos muy temprano. Ante el altar en que arden los cirios sagrados se hincan las monjas, los cuidadores de los enfermos que respetan a su Dios y aquellos alienados que tienen más dominio sobre sus facultades mentales.

También hay un teatrito en el que de cuando en cuando, personas caritativas dan conciertos, que entretienen a los pobres dementes. Las notas de un piano tocado por alguna joven o los acordes de un violín arañado por algún mozo, parecen alegrar a aquellos infelices. Y ríen al escuchar la música. En sus rostros se diseña la alegría. Parecen cuerdos.

Terminado el espectáculo vuelven a sumirse en sus pensamientos, en el horrible martirio con que el destino los ha castigado.

A la entrada del establecimiento hay una sala de espera comunicada con el escritorio que ocupa el médico jefe, que a ciertas horas del día atiende a los recién llegados.

Es éste un hombre joven, simpático, que sentado en una poltrona, tiene delante de él un escritorio ministro lleno de papeles y libros.

Un día, llamó a las puertas de aquella casa del dolor una mujer alta, de ojos azules, hermosa, muy hermosa, que venía acompañada de su marido.

Era éste un hombre de unos treinta años de edad, pálido, de mirada triste, que no hablaba.

Hacía poco más de un año, que habían contraído matrimonio. El era pobre. Ella rica. El se había mostrado siempre afectuoso, amable con ella. Un cambio súbito en su carácter puso en alarma a todos los miembros de su familia. El gozo, la alegría de aquel hogar recién formado

se trocaron en la más profunda, en la más inmensa de las tristezas.

El médico al verlos entrar los saludó y los invitó a tomar asiento.

—Doctor, dijo ella. Está enfermo. Está muy cambiado. No sé lo que tiene. Examínelo Ud.

Este, después de haberlos mirado un instante, tomó una hoja de papel y preguntó:

—¿Su nombre?

—Leonardo de Aguilar—respondió ella.

—¿El suyo?

—Luz Mía.

—¿Qué edad tiene?

—Treinta años.

—¿Y usted?

—Soy un año menor que él.

—¿Qué profesión tiene?

—Ninguna doctor. Ha sido actor.

En seguida, suspendiendo su interrogatorio, hizo algunas anotaciones.

—Pasemos a otra sala—dijo el doctor —y poniéndose de pie salió él primero para indicarles el camino que debían seguir.

Entraron en una pieza en que había tres facultativos sentados uno al lado del otro. Parecían tres jueces.

—Aquí no puede entrar Ud.—le dijo el doctor a ella.—Espere Ud. un momento.

Los médicos miraron al recién llegado con ojos escudriñadores. Uno de ellos con un martillito de goma le dió un golpecito un poco más abajo de la rodilla. La pierna saltó. Otro le pasó una pluma

entintada y le hizo escribir en una carilla de papel sin línea. El tercero de los galenos pasándole un diario le pidió que leyera. Tapando en seguida con una de sus manos la parte que acababa de leer le rogó que la repitiera de memoria. El con voz muy debilitada pronunció sílaba por sílaba cada una de las palabras que había leído.

Los médicos hablaron entre ellos. Ei de más categoría dijo a sus compañeros:

—Se trata de un caso serio. Es locura... No hay duda. El aislamiento.

Abrieron la puerta. Uno de ellos se acercó a ella y muy despacio le dijo:

—Es necesario proceder al aislamiento por un poco de tiempo.

Los ojos de ella se llenaron de lágri-

mas. Se estremeció de pies a cabeza y con voz temblorosa sólo atinó a decir:

—¡Doctor! ¡Por Dios!

Ella salió y metiéndose en un auto regresó a su casa.

El, acompañado de un cuidador, entró a la sección del establecimiento denominada «El Pensionado».

Le introdujeron en un departamento en que había una cama, un velador, un lavabo con sus útiles y un sofá tapizado de rojo.

Leonardo se sentó en él. Quedó meditabundo.

Poco después se puso de pie y empezó a caminar por los anchos corredores que circundan el gran patio.

Se detenía en cada puerta de las mu

chas habitaciones que ocupan los locos. Los miraba. Se ponía triste.

¿Había perdido la razón?

¿Lo sabía él?

¿Los médicos que lo habían examinado podrían asegurarlo?

¿Quién podía afirmar que no estaba en su sano juicio?

¿Cuándo se sabe que un hombre ha perdido la razón?

¿Hay una línea que nos indica la pérdida de nuestros sentidos?

En un extremo del patio hay una reja, pintada de plomo, que lo divide en dos. Uno se llama el patio grande; el otro, el chico. En esta sección aislan a los que están más agitados. Leonardo se detuvo ante ella.

Bajo un frondoso árbol, que crece en el centro de este patiecito, había una mesa. Sobre ella danzaba un loco vertiginosamente. Con voz desentonada cantaba una canción popular y palmoteaba con sus manos produciendo un ruido infernal.

De uno de los departamentos de esta sección salió precipitadamente un enfermo, que usaba gorra y andaba sin cuello, vestía pobremente y empezó a caminar rápidamente de un extremo al otro de la reja. De cuando en cuando interrumpía su paseo y prorrumpía en estrepitosas carcajadas.

—¡Já, já, já!—reía el pobre loco.

—¡Já, já, já!—repetía una, dos y tres

veces y su rostro se contraía nerviosamente. Al ver a Leonardo gritó:

—¡Viva el rey de nuestro país!

El cuidador tomó a Leonardo de un brazo para retirarlo de aquel sitio y evitar que continuara viendo escenas tan espeluznantes.

Al pasar frente a una puerta, sintieron que alguien lloraba. Miraron. En el interior de una de las celdas había un joven hincado en el suelo, con las manos juntas en actitud de orar.

Lloraba amargamente.

Después callaba y mirando hacia la pared como si estuviera ante una imagen bendita rezaba así:

«Señor, Dios mío!—¡Perdóname¡»

«Señor, sálvame!—, Amén!»

Y se golpeaba el pecho devotamente.

* * *

Trascurrieron algunos días sin que nada alterara la monótona vida de los habitantes de aquella gran casa.

A la misma hora estaban todos en pie y buscaban el reposo también a una hora fija.

Durante este tiempo Leonardo seguía sumido en la más profunda tristeza.

Ella vino a verle pero no le permitieron la entrada.

Una mañana se levantó Leonardo más temprano que de costumbre y llamando al cuidador, le dijo:

—Estoy muy bien! y colocándose en el centro de la pieza, prosiguió:

—«Yo no estoy loco sino cuando sopla el Nordeste, pero cuando sopla el Sur distingo perfectamente la garza del halcón».

Y volvió a ponerse triste.

Poco antes de la hora del almuerzo de aquel día vino ella a ver a su esposo.

Llevaron al enfermo a la sala de espera.

Él la miró.

«Ella clavó en su faz sus ojos y con loco desvarío, hundió sus labios en sus labios rojos. Y en su pecho reclinó su frente, nerviosa, delirante, anhelando dormirse eternamente».

Al ver esta desgarradora escena, el médico se avalanzó sobre ella y pretendió separarla.

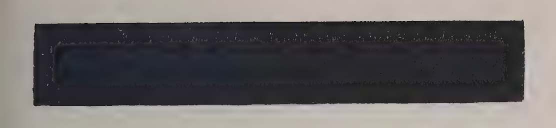
—¡Ah, nó!—gritó ella.—¡Nó doctor! Es mío. !Es mi loco! No me lo quiten. ¡Déjenme con mi loco!

* * *

El enfermo se agravó.
Tuvo que guardar cama.
Murió.
¿De qué?
Acaso de pena.

(Publicado en «El Mercurio» el 23-XII-1923).





UN CRÁNEO

Boceto Dramático

PERSONAJES:

El caminante.
Dos hombres.

Epoca: actual.

(Se descorre la cortina).

ESCENARIO

Cementerio solitario.

Cruces y lápidas de mármol blanco con negras inscripciones cubren el suelo.

Al fondo se divisa una puerta ancha, coronada por un campanario, cuya campana de bronce oxidado, toca sólo cuando algún funeral se aproxima a aquel recinto. El tañido de ella es lúgubre. La campana toca tristemente:

«¡Din, dan; din, don!»

¿Quién es el que tira de su cuerda para hacerla sonar?—Es un hombre que no parece de este mundo. Es algo así como un espectro.

El césped que tapiza el suelo ha perdido su natural verdura. Es de color oscuro, casi negro.

El cielo está plomizo. Nubarrones de formas muy variada lo cubren.

Cruzan el espacio en diferentes direcciones aves de negros plumajes, que abren

y cierran sus picos, produciendo un ruido estridente.

Graznan y su graznido es un grito de muerte, un lamento, una agonía.

Son cuervos los que vuelan sobre aquel sitio y graznan:

«¡Nunca más!—¡Nunca más!»

Y pasan.

Se encumbran alto... muy alto, hasta perderse entre las nubes.

Y descienden rápidamente. Se paran sobre la tierra y con sus puntiagudos picos remueven el suelo húmedo.

Escarban, escarban, buscando su alimento.

Y descubren los despojos humanos que allí descansan.

Y devoran la carne putrefacta de los cadáveres.

Y pican los ojos de los muertos.

Es el atardecer. La luz se extingue.

Una bruma extraña lo envuelve todo.

La noche entra... oscura... tenebrosa.

Es la noche nebulosa.

Es la noche iluminada por los fuegos fatuos.

Es la noche negra,

Es la noche en que brillan las luciérnagas.

Es la noche sin estrellas.

(Silencio profundo).

DIÁLOGO

(Se oye una voz humana, que entre

los cipreses hieráticos y las tumbas de mármol y alabastro canta así:)

«En la tumba de una madre,
no hay una flor que se seque
mientras exista un buen hijo,
que con su llanto la riegue».

* * *

De entre la penumbra salen dos hombres de aspecto siniestro. Avanzan lentamente. Uno de ellos lleva algo oculto bajo el brazo. Caminan asombrados como si el silencio les espantara. En sentido contrario a ellos viene un caminante, vestido de luto. Su cabello es rubio. Su rostro está demacrado. Al divisarlos se

detiene. Pero luego se acerca un poco y les habla de esta manera:

—¿Quién canta por aquí?

Ellos no responden.

Entonces él levantando un poco más la voz les dice:

—¿No me habéis oído?

Tampoco contestan. Se acercan más a él. Al ver su rostro pálido retroceden llenos de pavor.

—¿Quién eres tú que penetras a estas horas en este lugar de muerte?—le interroga uno de ellos.

El caminante: Nada os importe saber quien soy. He llegado aquí...

Uno de los hombres: ¿Con qué objeto?

El caminante: Sólo por sufrir una impresión de tristeza.

El otro de los hombres: ¡Qué idea más rara!

El caminante: ¿Rara? No. Un capricho como cualquier otro.

El primer hombre: Pues siga su camino y cuidadito con los cuervos.

El caminante: (Viendo que se alejan). No os retiréis.

Los dos hombres: (Al mismo tiempo). Es ya tarde. Mirad el cielo... se ha puesto negro.

El caminante: Sí. La oscuridad no me espanta. quiero que me digáis... Pero, ¿qué es eso que lleváis oculto bajo el brazo?

El primer hombre: ¿Esto? ¿a qué no lo adivináis?

El caminante: ¿Cómo he de saberlo?

El primer hombre; ¡Aciértalo! — Esto es .. un cráneo.

El caminante: (horrorizado) ¡Oh!

El segundo de los hombres: ¿Sabéis de quién es?

El caminante: ¡Cómo he de saberlo!

El primer hombre: Esta es la calavera de Hamlet... el Príncipe de Dinamarca. ¡Tómala!

El caminante: (cogiendo el cráneo) ¡Pobre Hamlet! Todos le conocimos. Era el loco más grande que ha existido. La melancolía, la tristeza fueron sus compañeros inseparables. Había algo en aquel hombre, que no era de hombre. ¡Amaba! ¡Odiaba! Aquí estuvieron aquellos labios, que se movieron para pronunciar las crueles palabras de «ser o no ser»... En

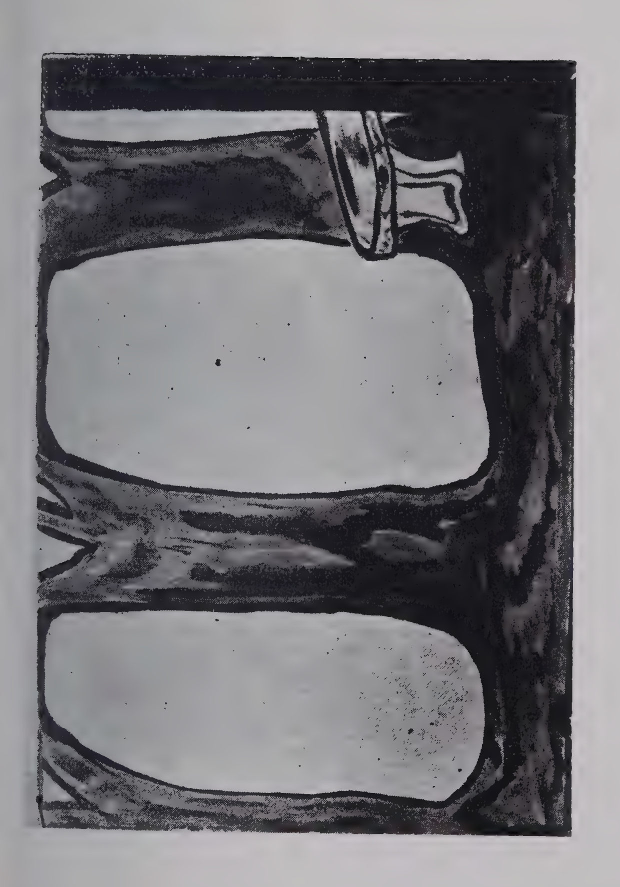
estas cuencas brillaron aquellos ojos negros, que llenos de luz, seguían atónitos los pasos de la sombra de su padre, el Rey. Aquí bullían las ideas terribles de venganzas, de rencores, de asesinatos.

¡Oh, cráneo asombroso, en tí que había tanta actividad mental; en tí que habían ideas delicadas y refinados sentimientos; en tí que dominaba el pensar ahora no hay nada en tu interior! (Pausa).

Las tinieblas se hacen más y más densas, hasta tal punto que es imposible distinguir la forma y los colores de las cosas.

La oscuridad, que todo lo envuelve, indicará que el diálogo ha terminado.

El telón permanecerá suspendido.



EL BANCO DE PIEDRA

Boceto Dramático

PRIMERA PARTE

LA MAÑANA

Decorado:

El teatro representa un paseo. Arboles de gruesos troncos y tupido follaje cubren el fondo del escenario. Bajo ellos hay bancos de piedras. Prados verdes tapizan el suelo. Niños y niñitas juegan a la rueda y a la pelota. Las niñeras cuidan a los pequeñuelos. Es Primavera.

PERSONAJES:

El Tío: hombre de 40 años, solterón, excéptico, cansado de la vida.

La sobrinita: Niñita de 4 años, de ojos vivos, alegre, cariñosa. Sus cabellos son largos. Amarillos como el oro.

La niñera: Mujer joven. Bien parecida. Viste de negro.

DIÁLOGO

El tío: (sentado en un banco, lee):

«Recuerde el alma dormida,
avive el seso y despierte
contemplando
como se pasa la vida
como se viene la muerte
tan callando...»

(Cierra el libro).

La sobrinita: (corriendo a saludarle). ¡El tío, Ramón!—¡El tío!

(Este la recibe con los brazos abiertos y la sienta al lado suyo. La niñera saluda con respeto y permanece de pie a cierta distancia). ¿Qué está leyendo tío?

El tío: Versos, hijita.

La sobrinita: ¡Tan bueno el tío! Lo quiero harto.

La niñera: Es muy cariñosa con todo el mundo.

La sobrinita: (mostrándole un tamborcito, que cuelga de su cuello). Mire, tío, tengo un piano.

La niñera: Eso se llama tambor, Luchita.

La sobrinita: Mire, tío, como suena (lo toca).

El tío: ¿Quién te lo regaló?

La sobrinita: Me lo regaló el abuelito.

(En este momento entran por el fondo dos amas, que vienen empujando los cochecitos en que traen a dos criaturas. ¡Las guaguas! ¡Las guaguas! (corre hacia ellas).

El tío: Estoy mal. Ya los años pesan sobre mis hombros. ¡La vida! Las desilusiones, el desencanto... ¡qué sé yo! Siento una tristeza muy grande. Creo que pronto moriré.

La niñera: ¡No, señor!

La sobrinita; ¡Tío, tío, vamos a comer dulces con la mamacita!

(Salen ambos por la izquierda).

SEGUNDA PARTE

LA TARDE

El mismo decorado. El banco solo. Es otoño. El suelo está cubierto de hojas secas que arrastra el viento. La niñera y la sobrinita avanzan despacio, muy despacio.

DIÁLOGO

La sobrinita: (Corriendo hacia el banco). ¿Y el tío?—No ha llegado.

La niñera: El tío se fué.

La sobrinita: ¿Para dónde se fué?

La niñera: El tío está en el cielo.

La sobrinita: (Llamando). ¡Tío!—¡Tío! —¡Tío!

La noche empieza a entrar.

Ambos personajes se alejan despacio por una de las avenidas.

Cae el telón lentamente.


INTERMEDIO

Este libro es negro

Es de luto

Este libro es de llanto

Es de lágrimas

Este libro es de expiación

Es de muerte



LA MUERTE DEL POETA

La campana del cementerio con su lúgubre tañido anunció la entrada de un funeral a aquel recinto.

¿A quién enterraban?

A un hombre que había muerto en la sala común de un hospital.

El cortejo se encaminó silencioso, pausadamente, por una de las avenidas de cipreses, cuyas altas copas se acercan y

se alejan como espectros fantásticos que danzan.

Y pasaron por entre los suntuosos mausoleos y siguieron hacia la parte de la Necrópolis en que descansan los desheredados de la fortuna y pasaron por allí donde duermen los pobres cuyos restos sólo cubre la tierra.

Siempre pausadamente el cortejo avanzaba, escuchándose sólo el ruido de los pasos de los acompañantes y el de las ruedas del carrito en que iba el ataúd.

Allá al fondo del Campo Santo se divisaba la muralla de nichos. Unos estaban ocupados; otros no. Los primeros ostentaban en su fachada una plancha de mármol con una cruz, un nombre y más abajo una fecha. Los otros semejaban

grandes bocas humanas abiertas en espera del alimento que han de devorar.

Y llegaron hasta allí.

Se detuvieron.

Los sepultureros cogieron el ataúd y lo colocaron en uno de aquellos nichos.

«Tapiáronlo luego»

....

Reinó el silencio».

De lo alto del firmamento descendió un ángel y sobre aquella sepultura fría, recién abierta, depositó una corona de laureles y con su trompeta de oro hizo resonar el espacio:

«¡Gloria!—¡Gloria!—¡Gloria!»

Aquel hombre que había muerto en la

miseria y que poco antes de expirar murmuró con voz casi imperceptible las siguientes palabras: «¡quiero dormir y descansar!».—Aquel hombre, que hastiado de la vida escribió aquellos versos:

«Todo acabó!
Siempre meditabundo
busco tan solo la perpetua calma.
Vago como un autómata en el mundo.
envuelto en noche sin aurora el alma».

Aquel hombre era Pedro Antonio González.

Era triste.

Era enfermo. Su mal era incurable.

Era pobre.

Estaba solo.

Cuando nadie le veía; cuando en la oscuridad de la noche vagaba errante por el mundo; cuando las estrellas titilaban en el alto firmamento; él andaba mustio, vestido de negro, siempre solo.

Cuando las tinieblas envolvían su cuerpo y el pesar le atormentaba él debió exclamar:

«En vano, en vano, el perfumado ambiente,
cuando el día a lo lejos, triste acaba
viene a buscar en mi abatida frente
los negros rizos con que ayer jugaba.

Muerta mi juventud, mi bien perdido,
nada en el mundo que esperar me queda:
soy un ave sin nido,
un despojo que ignora a donde rueda.

....

Su vida fué un calvario, que sólo terminó el día en que la muerte tronchó su existencia.

En unos versos suyos nos manifiesta claramente su pesar, su dolor:

«También yo puedo en mi dolor profundo
volver hacia el pasado la mirada,
y evocar con mis lágrimas un mundo,
que para siempre ya se hundió en la nada.»

Más ¡ay! Yo dejo que ese mundo duerma
con el sueño letal del polvo frío.
El no puede llenar de mi alma enferma
el insondable sepulcral vacío.

Cada murmullo con que el viento zumba
me parece el acento dulce y tierno

con que en su lecho el ángel de la tumba
me convida a dormir el sueño eterno.

Nada me importa ya que en lo infinito
reine la noche ni que el sol irradie.
Sólo sí que en el mundo en que me agito
nadie me entiende ni yo entiendo a nadie.



ASÍ MURIÓ

Si nos internamos por una calle, que lleva el nombre de un santo y que atraviesa un barrio netamente comercial, llegamos a una esquina en que se levanta un edificio, un tanto ruinoso, en que se encuentra instalado el «Conservatorio Nacional de Música y Declamación».

Penetrando en ese recinto de arte se experimenta una sensación muy agrada-

ble. Es que el arte nos baña con un soplo vivificador.

Allí se olvidan los pesares y las amarguras. Allí se piensa en cosas que están fuera de la vulgaridad, por eso se nos olvida la vida, porque al acercarnos a las regiones sublimes de la música y de la declamación, nuestro espíritu se aleja de la tierra y llegamos a las regiones sublimes de la gloria, de la belleza.

Allí se enseña a cantar. Allí se enseña a recitar y a tocar los diferentes instrumentos de música.

Hombres y mujeres cantan.

Hombres y mujeres tocan.

Hombres y mujeres declaman.

Al final de cada curso escolar tiene lugar en la sala de espectáculos la pre-

sentación de los alumnos más aventajados.

Un público numeroso y distinguido llena la hermosa sala y aplaude entusiasmado a los jóvenes alumnos que se presentan en aquellos torneos.

La noche del 4 de Diciembre del año ...... tenía lugar en aquel plantel la presentación de los alumnos del curso de declamación. Se representaba una escena de la gran tragedia de Lope de Vega, titulada «El Castigo sin Venganza». La escena representa una sala en el palacio del Duque de Ferrara.

Entra Federico y después de una pequeña pausa empieza a hablar de esta manera:

«Qué buscas imposible pensamiento?
Bárbaro, ¿qué me quieres? ¿Qué me incitas?
¿Por qué la vida sin razón me quitas,
donde volando aún te quiere el viento?

Detén el vagoroso movimiento;
que la muerte de entrambos solicitas;
déjame descansar, y no permitas
tan triste fin a tan glorioso intento.

No hay pensamiento, si rindió despojos,
que sin determinado fin se aumente,
pues dándole esperanzas, sufre enojos.

Todo es posible a quien amando intente;
y sólo tú naciste de mis ojos,
para ser imposible eternamente».

Se desarrolla la escena entre Casandra y Federico en que ambos personajes hablan de amor, de celos, de desdén.

Cada uno de los personajes se retira por cada lado de la escena, diciendo ella:

—Yo voy muriendo por tí.

A lo que él le responde:

—«Yo nó, porque ya voy muerto».

Cae el telón y el auditorio prorrumpe en estrepitosos aplausos. Ambos actores aparecen en el palco escénico y saludan conmovidos al público, que los aplaude frenéticamente.

Ha pasado el tiempo.

Ella ha quedado sola en el mundo.

¡Sola!

El mundo se apoderó de ella.

....

Dió a luz dos hermosos pequeñuelos.

¿Quién fué el padre de ellos?

Dejemos la respuesta en el silencio.

Se ha debilitado. El germen de la tisis empieza a roer su organismo.

Un día en que está sola se acerca al piano y queriendo recordar tiempos pasados empieza a cantar un trozo de una ópera.

No puede hacerlo. Su garganta está resentida. Nota que le faltan las fuerzas.

—¡Ya no puedo cantar!—se dice a sí misma—¡Mi voz se apaga! — Enternecida va en busca de sus hijos y los besa. Piensa en él y llora, llora amargamente.

La enfermedad entre tanto ha seguido

su curso y no pudiendo sostenerse en pie se ve obligada a guardar cama.

Los recursos se han agotado.

Siendo imposible atenderla en su hogar la llevan a un hospital.

Llega un día en que el médico de cabecera, declara el caso perdido.

Una palidez mortal cubre su rostro.

Sus ojos se han hundido en sus cuencas. Tiene los pómulos salientes. La carne que cubría su mandíbula ha desaparecido casi por completo. Ya no es la Casandra que todos aplaudían. Es el espectro de la mujer que en otro tiempo deleitara al público.

Una mañana en que por las grandes ventanas de uno de los costados de la

gran sala penetraban los primeros rayos solares la luz de sus ojos se extinguió.

Una madre de caridad los cerró y cruzó sus brazos sobre su pecho.

Se hincó al borde de la cama y empezó a mascuyar un padrenuestro.

Una modesta caja de madera de álamo guardó sus restos. La pusieron en el suelo y encendieron cuatro velas.

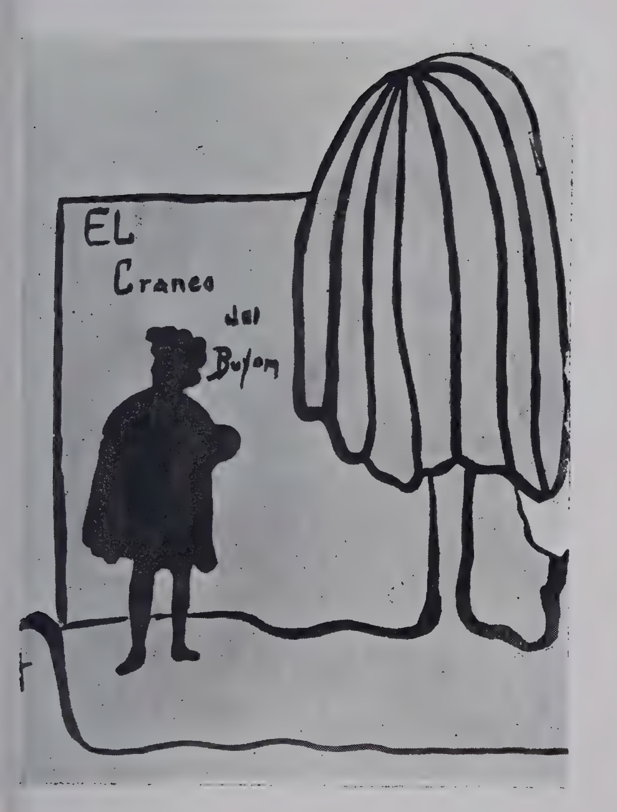
¿Quiénes fueron a su entierro?

Sólo unos cuantos.

El acompañamiento se componía casi exclusivamente de mujeres.

La enterraron en el suelo.

Allí descansa al lado de una cruz.


EL
Craneo
del
Bufon

EL CRÁNEO DEL BUFÓN

Estamos en un cementerio.

Dos sepultureros cavan una fosa en la que debe sepultarse a la pobre mujer que murió loca esparciendo lirios silvestres, madreselvas y margaritas.

Mientras ejecutan esta fúnebre tarea uno de ellos canta así:

«A una mujer entregué
de joven mi corazón...

pero no he tenido nunca
de casado vocación».

Entra el Príncipe.

Viene envuelto en su capa. Es negra, tan negra como las vestiduras que envuelven su cuerpo y tan oscura como los pesares que embargan su espíritu.

Le acompaña su fiel amigo Horacio. Avanzan un poco.

Hamlet le dice a su compañero;

—¡Mira, con qué indiferencia ejecuta ese hombre su labor y como canta tranquilamente mientras abre una fosa!

Vuelve el sepulturero a tararear otra canción y al concluirla saca en la pala una calavera que arroja con la mayor indiferencia sobre un montón de tierra.



—¡Mira, mira!—dice el Príncipe—Esa calavera habrá podido cantar también muchas veces!

El sepulturero canta nuevamente y con la pala sigue arrojando despojos humanos.

—¡Mira, otro cráneo! exclama él.

....

Todo a venido a parar en una calavera llena de lodo!... dice después.

Y se acercan a los panteoneros.

Uno de ellos con equívocos y juegos de palabras responde a las preguntas que le dirige el Príncipe. Luego se agacha unos momentos dentro de la fosa y saca en la mano una calavera llena de fango, que limpia con mucha calma.

—«Esta es la calavera de Yosick, el

bufón del rey» —le dice y se la pasa.— El coge el cráneo y horrorizado exclama:

—«¡Este!... ¡Ah!»

Y mientras sus ojos se clavan fijamente en él sus labios se mueven para pronunciar las siguientes palabras:

—«¡Ay!—¡Pobre Yosick!»

Y señalando con el dedo el sitio que ocupaba la boca, agrega;

—«Aquí, aquí estuvieron aquellos labios que tantas veces se acercaron a los míos para besármelos!

....

«Anda, Yosick, vé hasta el perfumado tocador de alguna de las más encopetadas damas y dílas, para excitar su risa, que aunque se cubran el rostro de afeites, habrán de experimentar esta misma trans-

formación! y arroja la calavera sobre un montón de tierra que hay delante de él.





LA PUERTA NEGRA

Hay una puerta.

Hay una puerta pintada de negro.

Hay una puerta negra.

El que guarda la llave de esa puerta es un hombre siniestro, de tez oscura, de mirar sombrío, que nunca habla, que nunca llora.

Es un hombre negro.

El la abre diariamente para que entre por ella el carro de los muertos.

Al final de una larga avenida de cipreces el carro se detiene.

Hay allí una fosa.

Es la fosa común.

Dos hombres de fúnebre aspecto sacan de él los cadáveres de los que murieron en la miseria, de los que no tienen familia, ni amigos. Son los que se fueron de este mundo y no dejaron para el entierro los que van a pasar a ese sitio de desolación y olvido.

Ellos no tenían dinero para pagar sus funerales y el carro de los muertos se los lleva como si fuesen míseros harapos.

Ahí los entierran, revueltos hombres y mujeres en una cópula macabra.

Restos de machos y hembras se dan el último beso, el beso de la muerte.

Los cubre la tierra.

La tierra florece.

Son plantas silvestres las que allí crecen.

La lluvia las riega.

El sol la calienta.

La fosa se llena, se llena de cuerpos.

Y cavan otra al lado que también se llena.

Y luego cavan otra.

Y más allá otra.

Y después otra.

Y todas se llenan.

....

El carro se va.

El carro vuelve.

La puerta se cierra. La puerta se abre.

El hombre negro la cierra.

El hombre negro la abre.

El hombre negro no ruega ni reza.

El hombre negro sólo mira a los que se fueron.

LOS QUE LEYERON EL MANUCRISTO DE ESTA OBRA DIJERON:

Las Ultimas Noticias.

UN LIBRO EXTRAÑO

Hemos tenido oportunidad de ver un libro raro, extraño, como no habíamos visto otro.

Lo leímos y nuestro interés fué creciendo a medida que pasábamos sus páginas.

Es un libro de tristeza, de amargura, de dolor.

Es un libro que hace llorar.

Es un libro de muerte. Es macabro.

Sus páginas están saturadas de belleza, de una belleza extraña; de una amargura infinita.

Al leerlo nos emocionamos hondamente.

Nuestros ojos se llenaron de lágrimas. Lloramos por «los que se fueron». Este es el título de la obra a que hacemos referencia.

¿Quién es su autor?

No lo sabemos.

Su nombre no figura en ninguna parte del libro.

Don Pedro Prado.

Sírvase Ud, disculparme por mi atraso en devolverle sus originales; pero quería leerlos, íntegramente, en horas propicias para su más justa comprensión.

Hoy puedo decirle que comparto el pa-

recer de tantos que le han felicitado por su labor.

En estilo sencillo, el dolor se manifiesta más claramente, porque el sufrimiento se expresa siempre en un lenguaje que no es el de la literatura corriente. De ahí la simple y trágica desnudez de su libro.

Don Eduardo Barrios.

He leído anoche, de una sola vez y con un interés creciente, el manuscrito de su obra. Ha sido una lectura excepcional, me ha impresionado hondamente.

Aparte los reparos que los críticos puedan hacer a esa obra, yo debo declararle que aun me dura la emoción de ella y que me durará por mucho tiempo. Una tristeza punzante y saturadora, un meditar obsesionador y una bruma de belleza extraña; he aquí la impresión definitiva de esas páginas que atraen, sojuzgan y desconcier-

tan. Sí; sobre todo, desconciertan, a pesar de estar escritas por un alma pura y alta que sólo mira a la eternidad. Acaso por mirar exclusivamente a la eternidad tanto penetre y tanto trastorne este artista.

Las ilustraciones participan de las mismas características, son el complemento legítimo del manuscrito y me han interesado igualmente.

Mi aplauso de espíritu inquieto queda, pues, rendido al autor.

Y agradezco a usted el recuerdo y le reitero mi estimación y mi respeto.

Don Samuel Lillo.

Su libro me ha causado honda impresión. Tiene Ud. gran poder de evocación dentro de la sencillez de forma que emplea.

Hay en su obra dolorosas figuras que parecen volver del más allá atraídas por

las notas sugestivas de sus frases que semejan muchas veces el doblar de una campana funeral.

La triste poesía de su libro al par que atormenta, consuela, porque es la expresión de un artista fino y comprendedor de espíritus, en cuyo pecho, golpeado también por el dolor, han hallado un eco de simpatía los sufrimientos de aquellos que pasaron desconocidos ante las ciegas multitudes, camino de la inmortalidad.

Don Augusto Iglesias.

Los críticos leen esgrimiendo profesionalmente un lápiz; yo sólo podría hacerlo con una mano puesta sobre el corazón. He leído su libro, y estoy agradecido de usted. Sin querer, ha puesto dejos de melancolía en mis amarguras de escéptico.

También le debo una lección. Ama usted a los muertos y envidia la paz infinita

que los circunda. Es que usted aprendió el lenguaje de las tumbas y escucha como familiar el severo balbuceo de las inscripciones. Tiene con ello una ventaja; el de saber que las palabras de los vivos son torpes y llenas de ajetreo callejero: y que los hombres son mucho más dignos de aprecio, encerrados en un ataúd a cinco metros debajo de tierra, que en el teatro cotidiano de las ciudades.

Don Waldo J. Urzúa.

He leído los originales de tu libro, con todo el interés de nuestra vieja amistad. Al terminar la lectura, que no pude suspender un momento, había en mí una profunda impresión de sensaciones obsesionadoras en «Un cráneo»; de ternura y misterio en «El Banco de Piedra»; y aquellos inquietantes ojos azules de Luz Mía, en «El Actor Loco»...

Tus bocetos dramáticos hacen mal: hay en ellos tanto misterio, tanto dolor, tanta emoción... Y es poder sólo de un verdadero artista, estremecer de esta manera,

Don C. Préndez Saldías.

Debo a las páginas suyas que tuvo la gentileza de darme a leer algunos instantes de emoción intensa.

Yo creo que en arte el valor más alto es el dolor; y maestro ha de ser quien logre humedecernos los ojos con la amargura ajena.

En muchas páginas de su libro manuscrito—en ese «Actor loco» sobre todo—vibra lo que tan pocos escritores ponen en su obra: la vida y la desolación de morir.

Don F. Nieto del Río.

Con profundo recogimiento y en el si-

lencio de la noche pasó mi espíritu al través de su libro. No tengo la sensación de haber leído con los ojos corporales esas amargas páginas, sino de haber vivido los momentos de dolor y de filosofía que las inspiraron; porque, como Ud., yo comprendo la tragedia humana en toda su crueldad devastadora. En tal estado de ánimo no podría yo indicarle amistosamente cuáles son los defectos literarios de su obra. Quizás no los tenga para los que se observan en ella como un bello devocionario del dolor.

Gracias por su fineza de poner en mis manos ese manuscrito y no olvide que todos vamos «bound upon the wheel of things» camino del rescate final.

Don Hugo Lea-Plaza.

He leído con muchísimo interés los originales que tuviste la amabilidad de en-

viarme y te digo con sinceridad que la sencillez con que están escritos y la emoción que cada uno de ellos encierra me han impresionado hondamente. Al mismo tiempo tienen ellos una originalidad indiscutible.

Don Antonio Orrego Barros.

He retardado el envío de tus originales, pues deseaba hacerlo personalmente. Los he leído con el interés que pongo siempre en todo lo que se relaciona con los viejos amigos, los amigos de la juventud, que quedaron ligados a las horas más luminosas de nuestra vida, a las horas de la alborada en que todo canta y sonríe.

He encontrado, al través de esas carillas enlutadas en que se evocan sombras del pasado y se reúnen en una original argamaza, seres de fantasía y recuerdos de almas atormentadas, una novedad macabra que queda sintetizada en la carátula de tu

obra y su fúnebre título.

Veo que no han sido parte los años trascurridos para borrar de tus recuerdos esas viejas aficiones literarias que todo ese grupo de muchachos soñadores tomáramos allá en días lejanos, y que hemos conservado como un vicio que nos encanta, de momentos de plácido agrado, y nos lleva quizás a donde.

Don Waldo Vila Silva.

He leído con interés, las carillas que has tenido la amabilidad de enviarme. De todas ellas me ha llamado la atención el boceto que se titula «El actor loco»; por su forma sencilla en que palpita cruda la realidad, me recordó al gran Andreico, el más grande de los escritores rusos de la época actual, en su cuento «El médico loco», que tú probablemente no debes conocer. Tu pequeño cuento tiene como

aquel, lo trágico del vivir cuotidiano, sencillo, sin pretensión, sin hacer literatura. Yo estoy de acuerdo con aquello de: «Prefiero los libros que hablan como hombres, a los hombres que hablan como libros».

Tus dibujos son verdaderamente simpáticos, tú, probablemente sin quererlo, haces, lo que busca el arte moderno, la simplicidad con que dibujan los niños. Los vió un compañero pintor y le llamaron, como a mí, poderosamente la atención.

Te digo, en síntesis, mi opinión sincera, pues debes comprender, que en el reducido espacio obligado de una carta, es difícil, expresar, lo que en una conversación íntima iría saliendo solo.

Escribe según tú sientas las cosas, sin preocuparte de lo que otros puedan haber dicho o hecho. La única verdad en arte es nuestra propia verdad, la única visión, nuestra propia visión, lo demás son mentiras bien escritas. Para mí ha sido una

alegría leer tus escritos, y descubro en ellos, la veta de oro puro de un artista.

Srta. Teresa Infante Rivas.

He leído los originales de su libro con el interés con que se lee una gran obra donde estamos seguros de encontrar algo grandioso..., aquello sublime que nos hace soñar y deleitarnos en la idealidad...!

Al terminar la lectura de ella «he sentido una profunda emoción, he soñado—me ha hecho Ud. derramar lágrimas de dolor —por aquellos que se fueron... y me quedo meditando en la realidad más grande de su obra habiendo escogido para ella lo único verdadero y cierto «La Muerte».

¡Gloria a su autor!

FE DE ERRATAS

Pág.	Líneа	Dice	Debe decir
24	16	variada	variadas
59	18	Yosick	Yorick
60	7	Yosick	Yorick
64	10	pasar	parar
76	16	Andreico	Andreiev

